

*Un libro: Ensayos sobre Joaquín Costa y su obra, de George J. G. Cheyne**

POR
LORENZO MARTÍN-RETORTILLO

Escribir al filo del 92 y 93, del siglo XX, cuando cosas tan importantes están sucediendo en relación con Europa —en la que España, por fin, tras su decidido propósito de integrarse en ella, hace gala de ejercer el protagonismo que le corresponde—, lleva gustoso a evocar a aquellos españoles que se adelantaron a su tiempo para clamar por la europeización de España. Joaquín Costa fue uno de ellos, y bien preclaro, «don Joaquín Costa, almogávar de Aragón y profeta de la europeización de España», como le calificó certeramente Federico de Onís. Con la particularidad de que la apuesta por patrones europeos se hacía desde un sincero e intenso patriotismo.

Pero también desde Europa se atendía a Costa: la figura de Costa, así, minuciosamente estudiada por un ciudadano inglés que, en una búsqueda incansable, persiguió con celo toda clase de datos y testimonios disponibles, que tuvo así ocasión —rompiendo todos los tabúes y penetrando con habilidad a través del velo del templo en que había sido clausurada— de llegar a conversar con la hija de Costa: «mis conversaciones con ella sobre su padre, las primeras que había mantenido, según me confió, en su vida...». «¿Cómo es que un inglés haya pasado tantos años estudiando la figura y obra de un aragonés que, además de haber sido persona claramente *non grata*, tenía fama de hombre adusto y de carácter poco simpático?» Pero él mismo nos da la respuesta: «En primer lugar, yo no soy “un inglés”, soy un “hispanista inglés”; en segundo lugar, yo no he estudiado a un aragonés adusto y poco simpático, sino que he estudiado a un erudito y fino escritor». Estoy usando, claro, palabras de Cheyne, que es, como se habrá comprendido, el autor de referencia. Que añade a continuación: «Una vez se es hispanista —séase del país que sea—, las cosas y los hombres de España se ven muy de cerca, casi tan de cerca como si se fuera español. En otras palabras: para mí, como para tantos otros, España ha sido problema, hasta incluso a veces me ha dolido un poco. Y por eso mismo, cuando tropecé con don Joaquín, cuando leí en citas, hechas por otros, algunos de

* Ed. e introd. de Alberto Gil Novales, Fundación «Joaquín Costa» e Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1992, 148 págs. Reseña publicada en *B. I. L. E.* [Madrid], 16 (abril 1993), pp. 100-102.

sus comentarios quedé admirado y quise saber más y, cuanto más averiguaba, más me sedujo, y la seducción se debió tanto a las ideas como a la elegancia y precisión con que las sabía expresar» (p. 86). He aquí, sintéticamente explicada, la filosofía de la que sería una duradera y fructífera pasión vital.

Cheyne plasmó sus esfuerzos como regla en libros de gran fuste, que admiran por la tenacidad que reflejan y por la precisión. Por referirme sólo a tres de ellos, aludiré a la *bibliografía*, que sería su tesis doctoral, obra ingente y de utilidad máxima («A bibliographical study of the writings of Joaquín Costa», Londres 1972, luego traducido al castellano en 1981); la *biografía* («Joaquín Costa, el gran desconocido», 1972) fue otro de esos grandes puntales (obra de la que sólo hay que lamentar que la desidia nacional no lograra hallar los medios para que el propio Cheyne llevara a cabo una edición revisada y ampliada, cosa que le hubiera encantado y que nos permitiría ahora beneficiarnos de sus siempre espectaculares aportaciones); como tercera muestra, aludiré a la edición del epistolario entre Costa y Giner —«El don de consejo» le puso por título (1984)—, libro precioso que yo no logro entender cómo no circula más.

Y al lado de los libros había un elenco de trabajos más concisos, pero no menos interesantes, publicados como regla en series o revistas muy especializadas y, por lo mismo, inasequibles al lector medio.

A raíz de la inesperada muerte de Cheyne (finales del 90), se reunieron, a modo de pequeño homenaje, algunos de dichos trabajos en un volumen, que cuidó con esmero y prologó con brillantez Alberto Gil Novales, en el que se dio cabida también a varias intervenciones orales no publicadas antes. Fruto de ese empeño es el volumen que ahora se comenta. Obra interesantísima que, como bien indica la referencia última del título —«y su época»— es pródiga además en la exposición de las conexiones de Joaquín Costa con otras figuras relevantes de su tiempo: así, con Galdós, con Pere Corominas (en relación con el «proceso de Montjuich») o con Menéndez Pelayo (aunque fuera compitiendo para la obtención del premio extraordinario, que no había de ganar Costa).

La lectura de libros como éste, tan jugosos, tan sueltos a la par que rigurosos —son numerosísimas las aportaciones históricas de primera mano—, me suscita a lo vivo una reflexión que tiende a afianzar ideas hace tiempo asumidas. Hoy está proliferando entre nosotros, pues hay unos cuantos empecinados en ello, una historia que se empeña en encasquetarse la celada con vehemencia, en calar la visera con rigor, para así negar relaciones que confirmaban una amplia realidad asumida pacíficamente con toda normalidad. Costa, aragonés, que vivió no pocos años en Madrid, aun conoció un buen número de tierras de España, pero, sobre todo, estaba en contacto fluidísimo —epistolar, por supuesto— con gentes de Barcelona o de Bilbao, de Zamora o de Oviedo, de Santiago de Compostela o de Salamanca, de Alicante o de La Mancha. Una comunidad de empeños y de preocupaciones —ya fuera el derecho consuetudinario, ya la preocupación por la España oligárquica y caciquil o los problemas educativos, pero también la organización de contribuyentes, de agricultores o, incluso, la política, entre otros muchos— aglutinaba con facilidad relaciones y contactos. Las agudas y emocionadas palabras que Cheyne

pronunció en el Colegio de Abogados de Barcelona al presentar el libro *La Vida del Derecho* insisten en recalcar las conexiones que Costa tuvo con Barcelona. La correspondencia inédita con Pere Corominas, que otro de los trabajos desveló, es un testimonio de la preocupación viva de tantos intelectuales de toda España a consecuencia del desafortunado «proceso de Montjuich». O la correspondencia con Amadeu Hurtado es un excelente ejemplo de cómo se le incita a Costa desde Cataluña para que acuda a las elecciones, dado lo capacitado que estaba Costa «para comprender el pensamiento de la juventud catalana en su tiempo» (p. 29).

Historia, así, de encuentros, que no de desencuentros. Pero esto lo pienso yo al meditar acerca de lo que el libro nos dice que, por supuesto, nos ofrece otros temas y otras preocupaciones y abunda en aportaciones de todo tipo. He aquí algunos de los títulos que comprende el volumen: «De Galdós a Costa en 1901»; «La intervención de Costa en el proceso de Montjuich: correspondencia inédita con Pere Corominas y otros»; «Aspectos biográficos y bibliográficos de J. Costa»; «Menéndez Pelayo, Costa y el Premio Extraordinario de Doctorado en Filosofía y Letras»; «La Unión Nacional: sus orígenes y fracaso»; «Presentación de *El don de consejo* en la Institución Libre de Enseñanza»; «Presentación de las obras de Costa en el Ateneo de Madrid»; «¡Escultor de pueblos! ¿Es guasa?»; «Enfermedad y muerte de Joaquín Costa y la tragicomedia de su entierro en Zaragoza»: querría destacar este precioso trabajo, escrito con muy elegante prosa, además, descripción logradísima del tan español (y, por desgracia, tan actual) «después de muerto monumento» (aunque en vida le dejan a uno morir de hambre y de soledad). El volumen se cierra con la esclarecedora conferencia «Joaquín Costa y la educación».

Un libro, en suma, breve pero jugoso, que yo gustosamente recomiendo por su valor.